

“No temas, cree solamente”**(Mc. 5:36)**

Sal. 30; Lam. 3:22-33; 2 Co. 8:1-9, 13-15; Mc. 5:21-43

Hohenau,
Jesús,
Cap. Miranda.

Jesús resucita a la hija de Jairo, jefe de la sinagoga. El poder y la capacidad humana quedan humillados y abatidos frente al poder del pecado, de la enfermedad y de la muerte. Nadie ni nada puede escapar de esta dura realidad. La hija de Jairo y su muerte expone nuestra propia realidad como seres mortales, limitados a un tiempo y espacio definidos. Nada podía hacer Jairo frente a la enfermedad de su hija. En ese momento, Jairo recuerda a Jesús. Piensa: “Él sí podrá sanarla”. Pero en el camino recibe la trágica noticia: “Tu hija ha muerto, no molestes más al Maestro (Jesús)”. “Pero Jesús, sin tener en cuenta estas palabras, dijo al jefe de la sinagoga: No temas, cree solamente”.

Jesús resucita a la niña en presencia de unos pocos discípulos, a puertas cerradas. Porque Jesús sabe que la gente lo busca por su fama de hacer milagros, cuando él espera que se lo encuentre en sus palabras, y en el milagro de su cruz y resurrección. Es desde la cruz, que Cristo dice a sus discípulos y a todos nosotros: “No temas, cree solamente. Por mi Pasión y entrega, yo tomé tu maldición y tu pecado, para conseguirte y darte a cambio mi perdón, justicia y santidad. Aunque eres un miserable pecador, no temas, cree solamente. Mi sacrificio da pruebas del amor de Dios por ti. Con mi resurrección al tercer día de entre los muertos, mi Padre confirmó que se ha reconciliado con el mundo, y que el diablo, el infierno y la muerte están acabados. Por la fe en mi Nombre, por el milagro del santo Bautismo, resucita también tú a la esperanza de una vida nueva, de amistad con Dios tu Padre. Por el don de mi santa Absolución, recibe el consuelo de que tus pecados han quedado perdonados. Y por el milagro divino de mi Santa Cena, recibe mi Cuerpo y Sangre, en pan y vino, para que mi amor hecho carne y sangre penetre en ti y por ti, para una vida de paz, servicio y misericordia.¹

“No temas, cree solamente”. La iglesia atraviesa el valle de sombra de muerte, tomada de la mano de su buen pastor Jesucristo, que nunca la abandona (Sal. 23:3-4). Tiempos de apostasía, de renuncia a la fe bíblica han comenzado. Y esto, ¿cómo lo sabemos? Por la abundancia de falsos cristos, falsos apóstoles y falsos profetas que andan hoy día por ahí, dando vueltas a ver a quien pueden devorar. La estrategias del engaño y la mentira, y las armas de la persecución, el desprecio y la burla, son lo que ellos utilizan. Esos falsos profetas, son el juicio de Dios para las personas que no quieren a Dios. Aquellas personas que oyen la voz de los falsos profetas, de sus flautas endulzadas que le dicen al hombre lo que este quiere oír, sufren por eso mismo el castigo que merece su vanidad y soberbia, aquellos que se burla de la sangre del Hijo de Dios, de su palabra y sacramentos.

Nosotros, mientras tanto, como Jairo, nos encontramos a veces en dudas y desesperación, por los tiempos actuales que vivimos. Pero Jesús, no permitiendo que las malas hierbas de la falsa doctrina nos engañen, que los problemas del día a día nos ahoguen, nos dice: “No temas, cree solamente, querido Jairo”. Y Jairo se arriesga al rechazo de considerar y tener en cuenta a Cristo sólo como su ayuda. Porque, ¿qué hace un jefe de la sinagoga, un líder religioso, puro y santo, yendo a contaminarse con el pobre Jesús, tan rechazado y humillado por los fariseos? Lo hace porque Jairo reconoce que sus propios méritos, sus propias tradiciones y costumbres son como trapo de inmundicia ante Dios, y que la justicia y la santidad que vale ante Dios solamente es la fe que confía en que este Jesús, que puede sanar a su hija, a pesar de la enfermedad mortal que tiene. Jairo se expone a la humillación y la burla de los demás, por el sólo hecho de confiar en Jesús para la salvación y salud de su hija, y la suya también.

De la misma manera, el pobre pastor arriesga su vida por las ovejas, confiando en el poder de la santa Palabra de Dios, en el poder de la sana doctrina de Cristo, para liberar las conciencias oprimidas por las mentiras de satanás con el martillo de Ley y con el dulce Evangelio. Por eso, el pobre pastor y toda la iglesia con él, en fe humilde, arrodillado delante de Jesús le suplica: “Te pido, querido Dios, que nos guíes siempre hacia Ti, hacia tu evangelio y sacramentos, de donde recibimos de tu mano perdón de pecados, vida y salvación. Quiero servirte con todo mi corazón. Pero necesito tu ayuda. Porque apartado de ti, nada puedo yo hacer: Tú eres la vida, nosotros los sarmientos (Jn. 15:5). Ayúdame, tú que eres manso y tierno de corazón para con los hombres contritos y humillados. Porque tu palabra dice, o santo Dios: “*Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios*” (Sal. 51:17). Tú eres Cristo, y yo soy

¹ Adrián Correnti, devoción del 28 de junio de 2012 sobre Marcos 5:21-41.

Jairo. Arrodillado a tus pies, te pido perdón, mi Señor y Dios. Atiende la voz de mi súplica, no porque yo lo merezco, sino por tu sola gracia y misericordia. Vengo a ti sin nada que ofrecerte. Sana y restaura mi vida, mi familia, mi matrimonio, las amistades rotas por el pecado y el orgullo”.

Y Jesús responde a Jairo: “No temas, cree solamente”. Es la respuesta de Jesús a Jairo, el hombre desesperado frente a la inminente muerte. La fe que proviene de Cristo mismo, por obra de su santa Palabra, da vida a los muertos: “Y tomando la mano de la niña, le dijo: Talita cumi; que traducido es: Niña, a ti te digo, levántate. Y luego la niña se levantó y andaba” (Mc. 5:41-42a).

La palabra de Jesús es Palabra de Vida eterna. Como confesó Pedro, cuando la mayoría parecía que habían abandonado a Jesús: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn. 6:68). La palabra de Jesús es palabra que resucita a los muertos: “No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Jn. 5:28-29). La palabra de Jesús trae la fe y mantiene la fe: “Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar” (Heb. 12:2-3).

Esta fe que nace de la Palabra de Jesús, nos ha resucitado a nosotros en esperanza de vida eterna. “No temas, cree solamente”. No temas a la muerte, porque Jesús te dice: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá”. La palabra de Jesús es viva y eficaz: “Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Heb. 4:12). La palabra de Jesús es la palabra eterna, la palabra del Señor del universo: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mt. 24:35).

Por tanto, querido Jairo, “No temas, cree solamente”. *1 Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. 2 Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar; 3 Aunque bramen y se turben sus aguas, y tiemblen los montes a causa de su braveza. 7 Jehová de los ejércitos está con nosotros; nuestro refugio es el Dios de Jacob” (Sal. 46:1-3, 7). Querido pueblo de Dios, esto nos dice Jesús: “No temas, cree solamente”. Soy tu pastor divino. Yo soy la resurrección y la vida. Jamás te desampararé. “Tú, Israel, siervo mío eres; tú, Jacob, a quien yo escogí, descendencia de Abraham mi amigo. 9 Porque te tomé de los confines de la tierra, y de tierras lejanas te llamé, y te dije: Mi siervo eres tú; te escogí, y no te deseché. 10 No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerza; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia” (Isaías 41:8-10). Amén.*